

**UNA NUEVA VISION SOBRE EL CAUDILLISMO  
Y LA VIOLENCIA POLITICA EN HONDURAS:  
RESUMEN Y COMENTARIO**

*Darío A. Euraque  
Trinity College*

La nueva y excelente obra de Rocío Tábor, *Masculinidad y Violencia en la Cultura Política Hondureña*, aborda uno de los temas más importantes que requieren de la reflexión amplia en Honduras. De hecho, el tema de la relación entre la violencia política y el caudillismo en nuestro país ha gozado ya de muy interesantes meditaciones. Por ejemplo, en junio de 1925, luego que la sociedad hondureña sufriera una de sus más mortales guerras civiles, auspiciada de nuevo por Liberales y Nacionalistas, Froylán Turcios desarrolló un proyecto que llevo al público mediante su Revista *Ariel*. Turcios, igual que muchos hondureños de la época, se angustiaba por la incapacidad de sus compatriotas por resolver sus diferencias políticas al margen de las mal llamadas "revoluciones". Como respuesta ante esta problemática, Turcios decidió realizar una encuesta, distribuida mediante su revista, que buscaba que los personajes más prominentes de Honduras redactaran respuestas ante el porqué de las revoluciones en Honduras.

Varias fueron las réplicas de connotados hondureños hoy casi completamente olvidados por la historiografía. Jorge Fidel Durón, entonces estudiante en EE.UU., envió una carta que le adjudicaba el origen de las revueltas a la “ocio-sidad”, puesto que en Honduras no había trabajo, se escaseaba el dinero, y se carecía de industrias y comercio. En fin, a la mayoría de la gente sólo le quedaba la política como entretenimiento. Exequiel Umanzor, desde San Pedro Sula, señalaba que las revueltas se originaban con Condotieros que habían quedado fuera del presupuesto, y que buscaban, mediante la violencia de las revueltas, introducirse en las arcas del estado. Otro factor, añadía Coronado García, residía en la “incultura de las masas” y su relación con la “mezcolanza de las razas inferiores”. Ante estas y otras observaciones, una de las más trascendentales contribuciones de la obra de Tábor es que ofrece toda una nueva perspectiva para comprender el origen de la violencia política en Honduras. Por ello y por otras razones, consideramos este libro uno de los más importantes publicados en Honduras durante los últimos veinte años que trate asuntos de las ciencias sociales en el país.

Tábor abre su libro citando varios hondureños que, igual que Turcios, han ofrecido comentarios en torno a la “recurrencia de las guerras civiles” en Honduras. Ramón Rosa, nos dice Tábor, enfatizaba la ignorancia de las mayorías ante las pretensiones de los caudillos. Por su parte, Rafael Díaz Chávez, señala Tábor, ha enfatizado el papel del imperialismo en aprovecharse de las diferencias políticas entre los caudillos hondureños. Por último, se cita también a Lucas Paredes, autor de importantes obras de la narrativa política hondureña. Este autor ha hecho hincapié, indica Tábor, en el problema del personalismo y la psicología de los caudillos. Sea como sea, el hecho es que la herencia histórica del caudillismo persiste en Honduras, problemática que Tábor ha comentado en el contexto de las elecciones presidenciales recién pasadas.<sup>1</sup>

En cierta manera, señalarían unos lectores, existe cierta convergencia entre la perspectiva que Tábor ofrece ahora y aquella que cultivaban los viejos autores que enfatizaban el papel clave de “la cultura” en la recurrencia de las

guerras civiles. No es así, puesto que la perspectiva del género, entre otras nociones que Tábor despliega en su obra, en particular sobre el papel de cierta construcción de la masculinidad, la separan radicalmente de cualquier convergencia que se proyecte entre ella y estos y otros observadores del devenir histórico-político hondureño.<sup>2</sup> Es imposible concebir, por ejemplo, que la narrativa política tradicional hubiese redactado el siguiente planteamiento que hiciese Tábor en otro de sus escritos: “Femenino y masculino, son categorías más complejas, construidas histórica y socialmente, que incluso conforman una gramática cultural, herramienta cognoscitiva con la que clasificamos objetos....,” incluyendo, por supuesto, el actuar político.<sup>3</sup>

El hecho es que Tábor nos ofrece toda una nueva visión sobre estos temas, una perspectiva que busca destacar la complicada relación entre la categoría de género y la cultura, en particular la cultura política. Lo clave, destaca Tábor, radica no primordialmente en reconocer las estructuras que en Honduras han alimentado “hermandades de caciques”, según el vocabulario de Rodolfo Pastor Fasquelle, sino en puntualizar la especificidad de la “cultura masculina” en que se fundamenta históricamente el caciquismo.<sup>4</sup> Aunque Tábor no desea menospreciar el papel de las estructuras sociales y las relaciones de clases en el origen y desarrollo histórico de las revueltas, el caudillismo, y la violencia política, la naturaleza de la obra, en particular el esfuerzo por despuntar con nuevos enfoques teóricos poco conocidos y puestos en práctica en Honduras, comprometen a la autora a descuidar la importancia de estos fenómenos. Más adelante ofrecemos uno que otro comentario al respecto.

No obstante, cabe primero aquí reconocer el esfuerzo innovador de la obra dentro del contexto historiográfico actual, igual que en el contexto de las perspectivas que predominan dentro del pensamiento y práctica de las ciencias sociales en Honduras. Las influencias teóricas que alimentan la obra de Tábor incluyen diferentes versiones del feminismo, y pasan por las teorías de Jürgen Habermas, Michel Foucault y otros. Estas se resumen en el capítulo uno. Así pues, merece distinguirse la aproximación a la problemática política que se encuentra en la obra de Tábor con otras

que actualmente pueden consultarse en Honduras, incluyendo, cabe señalarse, a las publicaciones que patrocina el Centro de Documentación de Honduras (CEDOH), institución que no obstante asumió la responsabilidad editorial de la obra de Tábor.<sup>5</sup> Nos referimos, de hecho, a los muy importantes aportes de Leticia Salomón, acuciosa socióloga hondureña.<sup>6</sup>

Por lo tanto, comenzaremos estos apuntes comentando la contribución más general que ofrece Tábor en este pequeño libro, especialmente su perspectiva teórica sobre el Estado y el poder político, y los subyacentes nexos entre estos fenómenos y la cultura, nociones de género y la violencia política. En primer lugar, para Tábor comprender la violencia política reside no propiamente en estudiar las relaciones de explotación entre las clases y las luchas de las mismas sobre el Estado, sino en descifrar como se reproducen lógicas y relaciones de poder en la vida cotidiana. Obviamente, se presume que estas situaciones, contextualizadas históricamente, a su vez fundamentan los comportamientos sociales y culturales desplegados en las luchas públicas dentro y fuera de los partidos políticos. En fin, visto desde este punto de vista, lo más importante al examinar la violencia política no reside en la economía política en sí y su relación con las políticas de Estado, sino en sus representaciones culturales y simbolismos en discursos que alimentan ciertos “modelos culturales” que rigen, de nuevo, desde el imaginario del pueblo, hasta las prácticas socio-políticas, incluyendo aquellas asociadas con el caudillismo militarista. Tábor nos plantea la problemática de la siguiente manera:

“...la violencia política conlleva a situaciones extremas de muerte, prisión, exilio, que tienen impactos diferenciados y globales a nivel subjetivo (miedo, pánicos, sueños persecutorios, pensamiento intrusivo, fantasías persistentes, histerias, etc) a nivel intersubjetivo (elaboración de hábitos y actitudes que luego se desplazan con facilidad hacia formas de asesinato, hábitos y actitudes racionalizadas en términos morales. Por otra parte, en los contextos de violencia política tienden a surgir supersticiones, creencias mágicas, nuevos mitos, rumores. De esta manera, el terror se prolonga a través de mitos y leyendas de la gente, este conjunto de elementos configura todo un contexto socio-cultural de violencia.”<sup>7</sup>

Siendo así las presunciones teóricas, Tábor aborda la problemática de la recurrencia de las guerras civiles, y más allá, su legado contemporáneo, mediante textos que se prestan para el análisis y estudio de “la relación subjetividad y cultura”, en particular la violenta cultura política que acompaña la historia de Honduras desde su Independencia.<sup>8</sup> Es más, Tábor metodológicamente recurre a ciertas autobiografías “masculinas” de la clase política hondureña, puesto que presume que las hermandades caciquistas de las que escribe Pastor Fasquelle reproducían y reproducen un modelo patriarcal fundamentado en una cierta relación entre masculinidad y violencia política desenfrenada durante las revueltas que sufriera el país entre 1883 y 1949. En las autobiografías de Angel Zúñiga Huete (1885-1953), Froylán Turcios (1877-1943) y Vicente Mejía Colindres (1876-1966), arguye Tábor, “se expresan rasgos típicos, estilos generales de la vida del grupo estudiado, constituyéndose dichos discursos en la actualización de un modelo cultural determinado”, el cual se fundamenta en un discurso y paradigma patriarcal que acuerpa a todos los caudillos, vencidos y vencedores.

El paradigma patriarcal que se analiza en las autobiografías de Zúñiga Huete, Turcios y Mejía Colindres, especialmente en el capítulo cinco, lo define Tábor así “El paradigma patriarcal es si se quiere portador de una estructura narrativa original que se va expresando en distintas culturas y épocas, en diferentes relatos y hasta dimensiones cúlitas diversas, en donde se repiten los mismos actores: el vencedor, el vencido, el vengador, y en un esquema narrativo de conflicto, y antagonismo permanente, en un modelo binario, excluyente, combativo, proselitista.”<sup>9</sup> Se analiza el desenlace de este paradigma en las subjetividades de las autobiografías masculinas porque se presume, correctamente creemos nosotros, que han sido los patriarcas, los hombres, quienes con mayor hegemonía han impuesto su dominación social y política.

Lo cual, destaca Tábor, no quiere decir que ello excluya que se den “formas de dominación entre mujeres y desde las mujeres.”<sup>10</sup>

El hecho es, nos señala Tábor, que “las mujeres ejercen poder y violencia en diferentes espacios de interacción,

[y] en ese sentido... el patriarcado constituye una de las formas de dominación de género, la predominante, fundante de las culturas políticas centroamericanas en su mayoría: políticas de mando y obediencia, el más fuerte sobre el más débil, en distintas configuraciones y expresiones, expresada en distintas variables y dimensiones (étnicas, de clase, etc.).<sup>11</sup> Así pues, es importante puntualizar que Tábor ofrece una visión analítica harto sofisticada cuando emplea la categoría de género, visión que matiza perspectivas polarizantes sobre este asunto.<sup>12</sup>

El devenir histórico que recogen las autobiografías de Zúñiga Huete, Turcios y Mejía Colindres coincide con el límite cronológico que Tábor enfatiza en su esfuerzo por analizar la relación entre violencia política y el “paradigma patriarcal” como discurso cultural predominante en Honduras. Este límite cronológico se inicia con las postremías de la Reforma Liberal, en 1883, hasta el fin de la dictadura del General Tiburcio Carías Andino, en 1949. Este es un período, arguye Tábor, que “condensa diferentes formas de violencia política...”, cuando “se dan aproximadamente en el país veinticuatro (24) cambios de gobierno y ochenta y dos (82) guerras y enfrentamientos, sin contabilizar las acciones de violencia política suscitadas durante la dictadura...”<sup>13</sup>

Además, este proceso y situación profundizó una “lógica bélica” preexistente, “negadora de alteridades”, y subyacente en un discurso patriarcal, un “modelo cultural”, si se quiere, aun más antiguo, pre-colombino y a la vez colonial. No obstante, Tábor desea enfatizar que el devenir histórico ha producido diferentes “patriarcados”, lógicas masculinas que se han configurado en torno a otras identidades importantes, incluyendo aquellas producidas alrededor de categorías de clase, etnia, edad, preferencia sexual, regiones, y otros.<sup>14</sup> En cierta manera en la obra de Tábor estas distinciones teóricas no suelen respetarse lo suficiente en el análisis histórico, al margen de identificar a Zúñiga Huete, Turcios, y Mejía Colindres como miembros de “la élite ilustrada hondureña.”<sup>15</sup> Sobre esta problemática haremos unos comentarios más adelante.

En este momento, lo clave al resumir el argumento que ofrece Tábor reside en enfatizar que las autobiografías

de Zúñiga Huete, Turcios y Mejía Colindres abordan muchas formas de violencia alimentadas no solo por el período mismo en que vivieron estos personajes, sino también por el modelo cultural y paradigma patriarcal heredado de otros momentos históricos definidos ya por la “razón bélica”. Según Tábor, y así lo relata en el capítulo cinco, “las formas de violencia abordadas por estos autores incluyen: amenazas y acusaciones, prohibiciones a grupos y a medios de comunicación, elecciones fraudulentas..., censuras, represalias económicas, disolución de poderes, protestas y denuncias, huelgas, movimientos de tropas, despojos, daños, y confiscaciones, encarcelamientos, secuestros, torturas...y otros.”<sup>16</sup>

En fin, sugiere Tábor, las autobiografías de Zúñiga Huete, Turcios, y Mejía Colindres, recogen, en sus diferentes subjetividades, un modelo cultural, patriarcal cuyos vicios merecen también interrogarse dentro de cualquier análisis de la recurrencia de las guerras civiles y su herencia histórica en el caudillismo y caciquismo moderno. Estos modelos culturales “han configurado una serie de elementos que no pueden ser obviados en la perspectiva de construir propuestas de desarrollo y ‘modernización’ política, económica y social.” El hecho es, afirma categóricamente Tábor, que “mientras los pilares fundamentales de la política moderna no sean tocados, mientras no se ponga en cuestión la razón y el simbolismo patriarcal que la sustenta no será posible modificar la lógica de confrontación.”<sup>17</sup> Así, pues, la encuesta de Froylán Turcios, por muy patriótica y audaz en 1925, carecía de una categoría clave necesaria para en realidad descifrar el problema de la recurrencia de las guerras civiles y sus secuelas culturales: la categoría del género.

No cabe duda que la obra de Tábor representa una audaz intervención en el quehacer intelectual de Honduras. Siendo así las cosas, merece ser leída y estudiada a fondo. Merece valorarse en su debido sentido, y merece que se formulen críticas, sugerencias y comentarios de diferente índole. Los próximos señalamientos deben ser vistos como producto de una primera lectura, aunque seria y cuidadosa. Además, son hechos por un historiador que carece de especialización sobre el tema del género, pero que no obstante

conoce su teorización a grandes rasgos, y que también simpatiza con la necesidad de utilizar dicha categoría en el análisis histórico. El hecho fundamental es que, dejemos constancia de ello, afuera de las obras de Leticia Oyuela, quien maneja una visión teórica sobre las relaciones entre mujeres y hombres muy diferente a la que ofrece Tábor, son escasas las obras publicadas en el país que aborden aspectos de su historia desde este punto de vista. Aunque casi merecen aplaudirse simplemente por el esfuerzo, obviamente *Masculinidad y Violencia* merece aplausos por su calidad, y pero también por los problemas que no se resuelven. Estos provocarán estudio y quizás nuevas investigaciones. Veamos algunos de ellos.

Como lo anticipamos ya, creemos que Tábor descuida, de nuevo por razones de despuntar con una nueva visión teórica, el complicado enlace entre la categoría de género, y otras categorías sociales, en particular raza, etnia, clase, edad, y región, categorías que ella misma en varias ocasiones considera importantes para también comprender la relación entre “masculinidad” y “violencia política”. Acercuémonos a este asunto puntualizando las autobiografías que Tábor escogió para su análisis. Ella reconoce que las autobiografías de Zúñiga Huete, Turcios, y Mejía Colindres representan subjetividades de la “elite ilustrada hondureña”.<sup>18</sup> Ahora bien, creemos también importante enfatizar que estos personajes, especialmente para aquella época, representaban una elite que también se autorrepresentaba como “blanca,” o por lo menos “mestiza” o criolla. Tábor capta un aspecto de este asunto cuando reconoce que las mujeres preferidas de Turcios eran “blancas”.<sup>19</sup> Empero, cabe preguntarse, de qué forma se profundizaría el análisis de Tábor si se tomaran más en serio las variable raza y etnia al estudiar las autobiografías?

Creemos esta una problemática importante, puesto que Tábor reconoce que se deben reconocer diferentes patriarcados en diferentes contextos históricos. La más avanzada historiografía internacional ofrece estudios concretos al respecto. Por ello nos preocupan los comentarios que Tábor ofrece en torno a la “Legitimación del héroe guerrero en el imaginario político popular hondureño.”<sup>20</sup> En esta sección



de su libro, Tábora se fundamenta en particular en los escritos del Dr. Jesús Aguilar Paz (1895-1974), uno de los grandes intelectuales hondureños, pero que también, como casi todos nuestros compatriotas ilustrados, se autorrepresentó como blanco-mestizo.<sup>21</sup> Esta auto-representación tiene su propia historia, cuyos prejuicios hemos comentado en algunos de nuestros escritos, hecho que Tábora reconoce, pero que no tuvo tiempo para comentar a fondo.<sup>22</sup>

No obstante, es importante aquí señalar que las apreciaciones del Dr. Aguilar Paz sobre el “imaginario popular” no deben ser la fuente más apropiada para indagar sobre el tema, especialmente en torno a los líderes indígenas y “no blancos” del siglo XIX. Por ejemplo, según don Medardo Mejía, Serapio Romero (alias Cinchonero), comentado por Tábora como “héroe guerrero en el imaginario popular”, era un “afro-indio ardoroso.”<sup>23</sup> Creemos que la futura historiografía sobre estos asuntos nos ofrecerá un “imaginario popular” diferente al relatado por Aguilar Paz y otros, y por lo tanto tendremos, quizás, una interpretación más profunda sobre la relaciones entre género, raza, y etnia que la que encontramos ahora en la obra de Tábora.

Debemos aclarar que Tábora reconoce la pobreza historiográfica con que trabajó.<sup>24</sup> No obstante, creemos necesario señalar que aun cuando Tábora reflexionaba sobre estos asuntos existían obras que le hubiesen ayudado a comprender mejor elementos históricos que a veces parecen mal interpretados, restándole, en el siguiente caso, por ejemplo, complejidad a la relación género, clase y región. Al respecto, exploremos las otras identidades de la “masculinidad” de “El Partideño”, quien, según Tábora, fue un “personaje legendario. Ladrón de ganado a gran escala en todo Centroamérica. Robaba para ayudar a los pobres y en venganza de las autoridades y los ricos de la región por haber sido encarcelado injustamente. Hechizaba el ganado que le seguía a través de abismos y ríos en grandes manadas. Enterraba todos sus tesoros en sitios peligrosos.”<sup>25</sup>

Según, Tábora este relato, entre otros, expresaba “el culto a la fuerza física, y a la astucia bélica en el imaginario popular...” Quizás, pero parece que la historiografía actualizada contextualiza este “imaginario popular” dentro del

agro hondureño en ciertas regiones del país, en particular en el Departamento de Olancho. José A. Sarmiento, por ejemplo, nos relata, en su obra sobre el siglo XIX publicada en 1990, que los famosos partideños hondureños se originaban en Olancho. Para Sarmiento, los partideños eran Olanchanos “encargados de arrear grandes partidas de ganado de las haciendas olanchanas a los mercados de carne de Guatemala y Belice.”<sup>26</sup>

Por otra parte, Leticia Oyuela en su obra sobre las haciendas de la región de Tegucigalpa, que en un tiempo abarcaba parte de lo que llegó a ser Olancho en el siglo XIX, nos describe al partideño de una manera muy diferente. Según Oyuela, “...el partideño ejercía una auténtica y compleja profesión: de igual manera podía ser poseedor de haciendas o eventual heredero; manejar chalanes, mozos y campistas; dormir despoblado...como ordenar la inmediata construcción de una tapera...como también bailar un minué, la polka, los “lanceros” en un salón de peninsulares decimónicos o escuchar atento una conversación política en la casa de un criollo ilustrado en Guatemala.”<sup>27</sup> Para Oyuela, el partideño realizó una “función transculturizadora”, puesto que en sus viajes traía información desde otras provincias, y hasta “las primeras noticias del Liberalismo que buscaba la independencia ante la Madre Patria.” ¿Qué hubiesen escrito los partideños sobre sus andanzas? ¿Se prestarían dichas “memorias” para el análisis autobiográfico que despliega Tábor en los textos ya señalados?

En fin, merece preguntarse cómo se complicaría el análisis de Tábor si se estudiaran otras autobiografías hondureñas que también abordan la problemática de las guerras civiles de una manera u otra, y que no representaban a la élite ilustrada. Existen varias que deben examinarse. Por ejemplo, están las memorias de Gonzálo Luque (1905-1992), que, a diferencia de Zúñiga Huete, Turcios, y Mejía Colindres, nunca gozó de altos puestos públicos, como lo enfatizó en los libros que publicó en San Pedro Sula en 1980 y 1982. Igualmente, merecen leerse detenidamente las obras del General Luis Mejía Moreno (1878- ? ), con quien Luque combatió en varias ocasiones. Las obras de Mejía Moreno se publicaron como folletos a fines de la década de 1930,

luego de arrepentirse de su caudillismo liberal. Es más, en la conclusión de *El Calvario de los Demagogos*, folleto publicado en 1939, el General Mejía Moreno reclama, para mejorar la cultura política del país, el voto para la mujer hondureña.

Con señalar este último dato no deseamos cuestionar los fundamentos de la visión general que ofrece Tábora. Deseamos señalar avenidas para profundizar el tema. Así pues, terminemos estos comentarios con quizás una de las ideas más polémicas aunque no exploradas en la obra de Tábora. Veamos primero un planteamiento teórico. “La masculinidad,” arguye Tábora, “se construye socialmente cambiando desde una cultura a otra, en una misma cultura a través del tiempo, durante el curso de la vida de cualquier hombre individualmente, entre diferentes grupos de hombres según su clase, raza, grupo étnico y preferencia sexual.”<sup>28</sup> Con esta última frase, Tábora indica un aspecto de los estudios de género totalmente marginado en la historiografía hondureña y también en las ciencias sociales en general en el país: la homosexualidad masculina.

El hecho es que si la masculinidad patriarcal se fundamenta en la opresión de mujeres, mediante regímenes y códigos culturales, este mismo sistema también se autolegitima mediante la exclusión, y con frecuencia, violenta, de no solo la homosexualidad, sino también de todo aquello que tenga semejanza con lo “femenino” pero asumido por el varón. Por ejemplo, en 1949, Angel Zúñiga Huete, en un folleto que Tábora cita, enjuiciaba el aparente “transfuguismo” político del poeta Rafael Heliodoro Valle en una “semblanza” en la cual su homosexualismo sirve como el blanco de la indignación machista del ideólogo liberal.<sup>29</sup> Desafortunadamente, Tábora aquí menosprecia un excelente texto para indagar sobre un importante aspecto de la subjetividad masculina patriarcal. Lástima, puesto que los análisis de las tres autobiografías que nos ofrece Tábora muestran que la autora goza de una amplia capacidad para emplear la semiótica y otras técnicas de análisis en el estudio de este tipo de textos.

Hasta aquí nuestros apuntes sobre la obra de Rocío Tábora. Esperamos que se reconozca que nuestros comentarios no agotan la riqueza historiográfica y teórica disponibles en

*Masculinidad y Violencia en la Cultura Política Hondureña*. Este pequeño libro, igual que muchos otros publicados en Honduras, merece más que reseñas. Este y otros libros de igual calidad merecen ser leídos, y comentados en foros públicos, para que sus sugerencias y desaciertos gocen de la crítica constructiva de la comunidad intelectual hondureña. Esperamos que estos comentarios sirvan de algo en ese proyecto.

### NOTAS

1. Rocío Tábora, "La Persistencia de la Intolerancia y el Caudillismo en la Cultura Política Hondureña," *Boletín*, CEDOH, No. 65 (Nov. 1993): 2-12.
2. Al respecto, consulte el reciente trabajo de Hilario René Vallejo Hernández, *Crisis Histórica del Poder Político en Honduras* (Comayagua: ULTRA- Graph, 1990). Este pequeño libro, dado los límites de espacio que nos presenta esta reseña, puede considerarse representativo de toda una escuela de la narrativa política hondureña y que recoge las investigaciones de historiadores como Rómulo Durón, Rubén Barahona, Lucas Paredes, Víctor Cáceres Lara y Rafael Bardales Bueso.
3. Rocío Tábora, "Género, Cultura y Desarrollo: elementos para una política cultural," *Honduras Agraria* (IHDER), Edición Especial (Feb., 1996): 18.
4. Rodolfo Pastor Fasquelle, "El Ocaso de los Cacicazgos: Historia de la Crisis del Sistema Político Hondureño," *Foro Internacional*, No. 1 (Julio- Sept., 1985): 24. Según Tábora, "develar los códigos de la cultura política y la lógica bélica-masculina que la sostiene, fundada en la búsqueda de autoafirmación masculina de un modelo imagen inexistente, es importante para cuestionar la relación masculinidad-política-violencia." *Masculinidad y Violencia*, p. 123.
5. Consulte a Longino Becerra, *El Poder Político*, Tomo 1 (Tegucigalpa: Baktun Editorial, 1994). Recientemente, la politóloga hondureña Breny Mendoza ha redactado un manuscrito patrocinado por la Fundación Friedrich-Ebert Honduras que hábilmente resume teorías que no se discuten en la obra de Becerra.
6. Entre otros, consulte a Leticia Salomón, *El Buen Gobierno: el Caso de Honduras* (Tegucigalpa: CEDOH, 1995) y Salomón, *La Violencia en Honduras, 1980-1993* (Tegucigalpa: CEDOH, 1993).
7. Tábora, *Masculinidad y Violencia*, p. 43

8. *Ibid.*, p. 67.
9. *Ibid.*, p. 35.
10. *Ibid.*, nota 24, p. 35.
11. *Ibid.*, p. nota 13, p. 123.
12. Para una versión de ciertas controversias desatadas en torno a la lucha política sobre el concepto de género, consulte a Carolina Alduvín, "Sexo, Género y Política," *Tiempos Nuevos*, Tegucigalpa, No. (1995): 30-32.
13. *Ibid.*, p. 55.
14. *Ibid.*, pp. 16, 23, 33, 113 y 117. Otra autora plantea la problemática así: "...el supuesto patriarcado universal debe verse en su contexto cultural y no darlo por sobreentendido." Breny Mendoza, "La Inestabilidad del Concepto de Género," *Paraninfo*, Tegucigalpa, No. 8 (Dic., 1995): 137.
15. Tábora, *Masculinidad y Violencia*, p. 66.
16. *Ibid.*, p. 43.
17. *Ibid.*, p. 20.
18. También nos llamó la atención que otras memorias de otros ilustres patriarcas no hayan sido comentadas por Tábora, o mejor todavía analizadas a profundidad. ¿Ejemplos? Francisco Morazán y Policarpo Bonilla.
19. *Ibid.*, pp. 89 y 92.
20. *Ibid.*, pp. 111-114.
21. Al respecto, consulte a Julio Lang, "Espectro Racial de Honduras", *América Indígena*, Vol. XI, No. 3 (Julio 1951): 210. Consulte las afirmaciones al respecto en Jesús Aguilar Paz, *Tradiciones y Leyendas de Honduras* (Tegucigalpa: Museo del Hombre Hondureño, 1989), pp. 35 y 329.
22. Tábora, *Masculinidad y Violencia*, p. 58.
23. Medardo Mejía, *Discurso Del Dorado* (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1995), p. 7.
24. Tábora, *Masculinidad y Violencia*, p. 8, nota 25.
25. *Ibid.*, p. 111. Así pues, es posible entender a los relatos del Dr. Aguilar Paz como "producciones literarias" y como proyectos en un esfuerzo por estructurar un "imaginario nacional" sin semejanza a las realidades de donde surgían los personajes aludidos. Sobre

“producciones literarias” ubicados en otro contexto pero con relevancia para el caso nuestro, véase a Patricia Oliart, “Temidos y Despreciados: Raza y Género en la Representación de las Clases Populares Limeñas en la Literatura del Siglo XIX,” en *Otras Pielas: Género, Historia y Cultura*, Eds. Maruja Barrig et al. (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995), pp. 73-87.

26. José A. Sarmiento, *Historia de Olancho* (Tegucigalpa: Editorial Guaymuras, 1990), pp. 109 y 160.
27. Leticia de Oyuela, *Un Siglo en la Hacienda: Estancias y Haciendas Ganaderas en la Antigua Alcaldía Mayor de Tegucigalpa (1670-1850)* (Tegucigalpa: Banco Central de Honduras, 1994), p. 180.
28. Tábor, *Masculinidad y Violencia*, p. 23.
29. Ángel Zúñiga Huete, *Cartas: Una Actitud y Una Senda, Veleidades de un Veleta* (México:1949), pp. 42-50. Huete en esta semblanza empleó el seudónimo de Serafín García. El historiador Ramón Oqueli, autoridad sobre estas cosas, nos aseguró que Zúñiga Huete utilizaba dicho seudónimo.